

# CAPÍTULO 2

## Prácticas médico-culturales



## El chamanismo como cosmovisión indígena

Las prácticas médicas de los amerindios tanto antiguos como actuales, siempre han formado parte de un complejo de actividades relacionadas con el chamanismo o sabiduría, que representa una de las cosmovisiones ancestrales más ricas del planeta. En términos generales, se trata de una gran variedad de prácticas rituales, mágicas y sagradas que los seres humanos han venido realizando desde finales del Paleolítico hasta el presente, con el objeto primordial de lograr un manejo energético adecuado del cosmos. En otras palabras, es:

un paradigma energético-cosmológico que se funda en el manejo de las potencialidades de la conciencia humana, ordinarias y no ordinarias, a través de una epistemología mágica que desarrolla eventos comunicativos íntimamente ligados a los hechos concretos (James 2004: 35).

Esta capacidad humana de establecer relaciones coherentes del todo con sus partes en diversos niveles reales, sagrados y divinos, que definiría al chamanismo como un arte, pero ante todo una posibilidad humana permanente de cambio/ creación, es lo que siempre ha caracterizado la manera de pensar de los indígenas antiguos y actuales del continente americano.<sup>1</sup> Es un patrimonio cultural intangible que es necesario rescatar para el futuro, en un mundo occidental con una cultura especializada y limitada, pero donde aún es posible tener visiones estéticas de otras realidades alternativas.<sup>2</sup>

1. Esto se logra obteniendo estados alternos de conciencia o éxtasis valiéndose de plantas sagradas o entogénicas, denominadas comúnmente alucinógenos (Urbina 2004: 89).
2. Hablando del inventario de imágenes que manejamos en nuestra cultura los occidentales y el de los chamanes en sus estados alterados de conciencia, muy acertadamente Guillermo Páramo (2004: 47) ha anotado lo siguiente: El otro punto es si el inventario de signos o el repertorio de imágenes está limitado por nuestra idea de imagen, si no existen otras formas de percepción, representación y quizás de imaginación que no son accesibles a nuestros sistemas de conocimiento occidentales, simplemente por haberse éstos especializado y limitado nuestra cultura.

Muchas de estas cualidades de los sabedores del Suroccidente colombiano fueron consignadas en los escritos de los cronistas españoles. Por ejemplo, describiendo el pueblo de Pas en el norte de nuestro país, hacia 1540 Jorge Robledo relataba algunos atributos materiales de un chamán, el cual es considerado como un principal, es decir un individuo de la elite del poder.

[...] se llegó un prinzipal con una corona de paja muy sotilmente labrada todo emplumajado y los cavellos coxidos en la caveza y un cuero de nutria colgado de pescezo, hechado en las espaldas y todo pintado de bixa que parecía un monstruo y se allegó allí y estuvo hablando con ellos [...] (Robledo 1993 [1540?]: 285).

## Los hechiceros que hablan con el demonio o los sabedores indígenas

Con el nombre de hechiceros que hablan con el demonio fueron denominados despreciativamente por los cronistas españoles, los chamanes o sabedores indígenas, quienes eran los depositarios del conocimiento ecológico, médico, religioso y cultural (tradiciones, mitos y leyendas) de sus comunidades. Estos eran individuos, que junto con los caciques y los mindaláes, conformaban las elites más importantes del poder en las comunidades indígenas de la época prehispánica en América.

Como representantes del poder religioso, los chamanes eran individuos muy poderosos en sus comunidades. Entre los indígenas Cunas del Darién los leres (hoy neles), cumplían funciones de jueces, sacerdotes y médicos. Fueron ellos quienes dirigieron la resistencia contra los invasores españoles durante los siglos XVI-XVIII (Langebaeck 2006: 30). Los mismos europeos reconocieron la efectividad de sus prácticas médicas y adivinatorias. A finales del siglo XVII el galés Lionel Wafer fue curado de ciertas heridas por los cunas y reconoció, además, el poder adivinatorio de sus leres quienes le pronosticaron que en el curso de diez días llegarían navíos extranjeros, profecía que se cumplió, según él, al pie de la letra (Wafer 1990: 43, en Langebaeck 2006: 32).

Pero el trabajo de los sabedores va mucho más allá de solo realizar prácticas médicas, lo cual de por sí es ya muy importante, pues se convierte en un personaje mediador importantísimo entre la vida y la muerte. En el fondo, él es la persona que debe poner orden en la comunidad, justamente allí donde está el caos, el desorden. El define el mundo, es un sabio, que se mueve en varias realidades complementarias utilizando plantas sagradas (yajé, yopo, virola, etc.), es el puente entre el pasado y el futuro (Páramo 2004: 57). En suma, el sabedor es un organizador de la comunidad, con una gran autoridad (Guzmán 2004: 73, 74).



Figura 2.1. Máscara encontrada en la tumba 47 del cementerio de Coronado. Representa a un chamán viejo, en actitud de expulsar la enfermedad. Sobre su cabeza hay una especie de tiara o coronabastante decorada con elementos geométricos y animales de poder.



Muchas de estas cualidades de los sabedores prehispánicos fueron registradas por los conquistadores españoles en el siglo XVI. En la Relación de Anzerma, (1539), describiendo algunas de las costumbres de los caciques Robledo comentaba, sobre algunas de las prácticas médicas más generalizadas de los chamanes aborígenes, lo siguiente:

[...] tienen por fee lo que algunos yndios hechizeros les dizen y ansy quando algund yndio está malo llaman a estos hechizeros que los cure e que pronus(t)yq(ue) lo que ha de ser de aquel enfermo e la cura que le hazen es traelles las manos por donde tiene(n) el mal y aprietádoles las carnes y chupádoles ya soplan hazia arryba diziendo // que en aquello que chupan les sacan el mal e lo echan afuera y a estos les dan muchas joyas de oro y otras cosas por esto que hacen [...] (Robledo 1993 [1539]: 340) (Subrayados nuestros).

Actualmente, tenemos la evidencia arqueológica que podría documentarnos estas prácticas entre los sabedores prehispánicos. En dos máscaras de cerámica, encontradas sobre los cráneos de individuos excavados por arqueólogos profesionales, en las tumbas 47 y 51 del cementerio de Coronado (Municipio de Palmira), perteneciente a la Cultura Yotoco/Malagana (1-600/700 d.C.), aparece la representación de los sabedores con el rostro pintado, que incluye, además, diseños geométricos y animales de poder. Ambos tienen los labios recogidos simbolizando precisamente el momento en que se chupaba la enfermedad para luego ser expulsada al aire (Figura 2.1).

## La deformación craneal

La deformación craneal intencional fue una práctica médico- transcultural muy común entre las poblaciones aborígenes prehispánicas tanto de Mesoamérica, como de Suramérica. Era realizada, seguramente por los chamanes, con un par de tablillas de madera o cerámica que se amarraban con cuerdas o bandas de tejidos, así como también, con vendajes que comprimían la cabeza del niño para modificar paulatinamente el eje del crecimiento de la cabeza. Entre los aborígenes mesoamericanos se utilizaban cunas deformadoras donde los niños eran sujetos y se les colocaba una o dos placas de piedra o madera que se unían con bandas de tejido o cuero.<sup>3</sup>

Tenía propósitos estéticos, mágico-religiosos, de status social y/o de identificación étnica. Desde el punto de vista estético, como parte de los adornos del cuerpo con propósitos sociales, era una modificación del cráneo permanente que tenía una gran significación social (Torres-Rouf 2007). Al hablar de los in-

---

3. Para mayor información sobre este tema, remitimos al lector al documento que aparece en: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/04703951911315828710046/013996\\_19.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/04703951911315828710046/013996_19.pdf).

dígenas Caranque del norte andino del Ecuador, Cieza de León describía esta práctica de la siguiente manera:

En naciendo la criatura le abajaban la cabeza, y después la ponían entre dos tablas, liada de tal manera que cuando era de cuatro o cinco años le quedaba ancha o larga y sin colodrillo; y esto muchos lo hacen, y no contentándose con las cabezas que Dios les da, quieren ellos darles el talle que más les agrada; y así, unos la hacen ancha y otros larga. Decían ellos que ponían destos talles las cabezas porque serían más sanos y para más trabajo (Cieza de León 1962: 159).

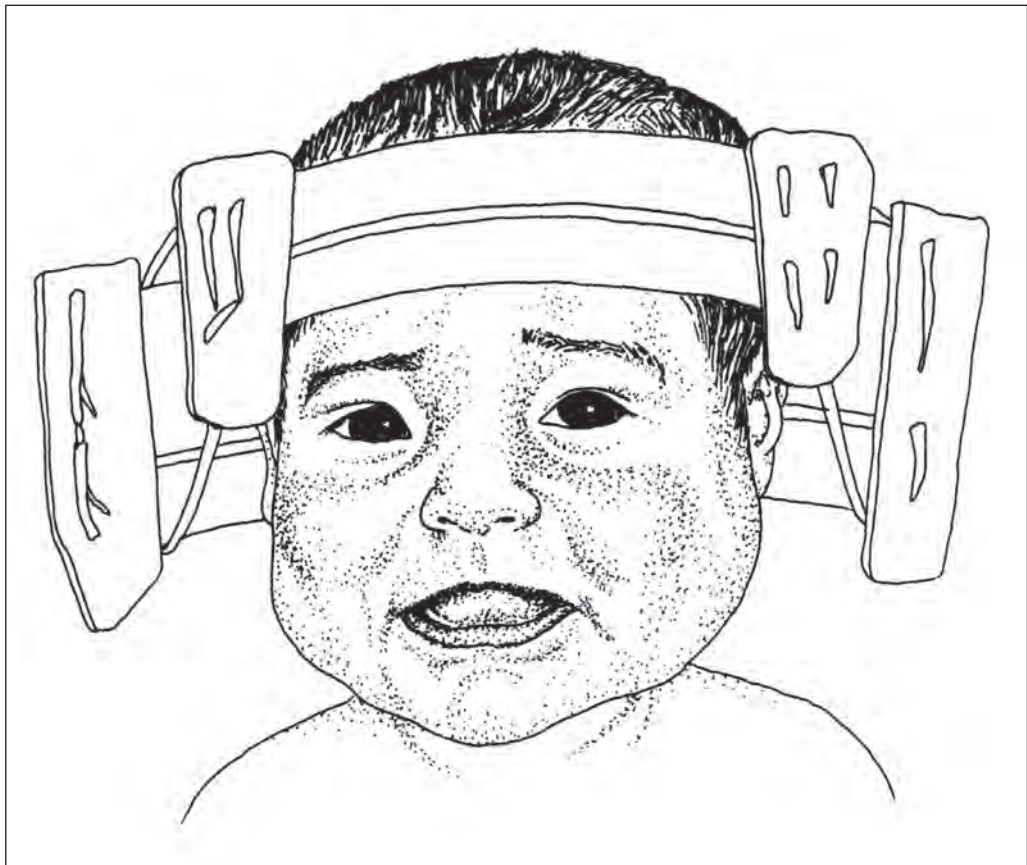


Figura 2.2. Reconstrucción gráfica aproximada de la forma como eran colocadas las tabletas en la cabeza de un niño para realizar la deformación fronto-occipital.

Quando se aplanaba el occipital y la parte posterior de los parietales se denomina deformación plano-occipital; por su parte, si la deformación era tanto del frontal como del occipital utilizando dos tablillas, se habla de deformación fronto-occipital. Colocando las placas verticalmente sobre el cráneo se obtenía la deformación conocida con el nombre de tabular-erecta; pero si estas se ponían inclinadas, entonces, el resultado era la deformación tabular-oblicua. Los cambios obtenidos por la deformación tenían que ver básicamente con la forma del rostro y la cabeza en general, mas no con las facultades mentales del individuo (Figura 2.2.).

Esta práctica cultural fue conocida en el Suroccidente colombiano, durante los períodos Clásico Regional (1-600/700 d.C.) y Tardío (500-1550 d.C.) (Rodríguez Cuenca 1990; Rodríguez et al. 2008). Era realizada por individuos del cacicazgo de Malagana en el Valle del Cauca, durante los primeros 500 años de nuestra era, así como también por muchas comunidades que compartían las expresiones culturales Quimbaya Tardío, de filiación lingüística Caribe.<sup>4</sup>

Los análisis bioantropológicos recientes de restos óseos humanos provenientes de los cementerios prehispánicos de La Cristalina (municipio de Cerrito), Coronado y El Estadio del Deportivo Cali (municipio de Palmira), todos ellos pertenecientes poblaciones portadoras de la Cultura Yotoco-Malagana (1 – 600 d.C.), ha permitido establecer que muy posiblemente, la deformación artificial de la cabeza tenía un status heredado y era practicada tanto en hombres como mujeres de diferentes estratos sociales (Rodríguez Cuenca et al. 2007: 88).

Entre los 112 individuos analizados del cementerio prehispánico de Coronado (municipio de Palmira), 33 cráneos (29,5%) presentaron deformación, destacándose principalmente los chamanes o personajes principales, enterrados en las tumbas de mayor profundidad y que tenían como ajuar funerario máscaras suntuosas de cerámica, narigueras de cerámica, figuras antropomorfas y cuentas de collar en cuarzo y lidita (Figuras 2.3 - 2.6) (Rodríguez Cuenca et al. 2007: 107).

Esta costumbre de deformar artificialmente la cabeza también existió entre las poblaciones que crearon la Cultura Quimbaya Tardío y está documentada tanto por las evidencias arqueológicas, como osteológicas y etnohistóricas.

En los cementerios prehispánicos del Cacicazgo de Guabas (municipio de Guacarí), que perteneció a la Cultura Quimbaya Tardío I (500-1200 d.C.) fueron encontrados cráneos de individuos tanto adultos, como niños, mujeres y hombres, con deformación fronto- occipital erecta, la cual era obtenida por la presión tanto del frontal, como de la parte superior del occipital y que seguramente estaba asociada con determinados sectores de las elites del poder (Rodríguez et al. 2006: 90,91) (Figuras 2.7 y 2.8).

Además de los datos arqueológicos, también contamos con la información suministrada por los cronistas en el siglo XVI. Según Pedro Cieza de León en su Crónica del Perú, publicada en 1553, esta práctica estaba presente entre los indígenas Chancos y los Quimbayas:

---

4. La Cultura Quimbaya Tardío existió en gran parte de la región andina central de Colombia, incluyendo los actuales departamentos de Antioquia, Risaralda, Quindío, Caldas y Valle del Cauca. Cronológicamente se divide en Quimbaya Tardío I (500-1200 d.C.) y Quimbaya Tardío II o Preconquista (1300-1550 d.C.) (Rodríguez 2007).

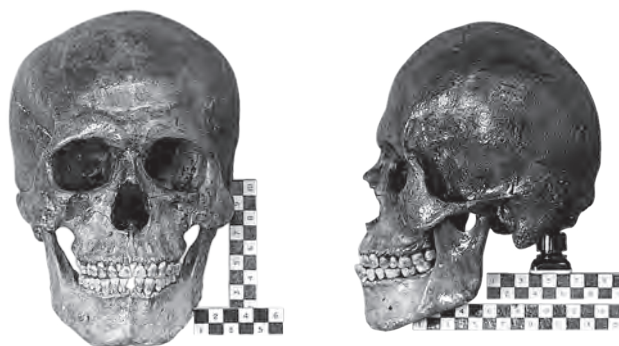




Figuras 2.3.y 2.4. Vista anterior y lateral de un cráneo con deformación fronto-occipital, encontrado en la tumba 45 del cementerio prehispánico de Coronado, municipio de Palmira.



Figuras 2.5.y 2.6. Vista anterior y lateral de un cráneo con deformación fronto-occipital, encontrado en la tumba 47 del cementerio prehispánico de Coronado, municipio de Palmira. Perteneció a uno de los dos chamanes encontrados en el cementerio, que tenía una máscara antropomorfa elaborada en cerámica.



Figuras 2.7. y 2.8. Vista frontal y lateral de un cráneo con deformación fronto-occipital, encontrado en una tumba del cementerio prehispánico de Guabas, municipio de Guacarí.

Otra provincia está por encima deste valle hacia el norte, que confina con Ancerma, que se llaman los natureles della chancos; tan grandes, que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes destas Indias (como adelante diré), cuando la criatura nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo, y otras la frente sumida, y otros hacen que la tenga muy larga: lo cual hacen, cuando son recién nacidos, con unas tabletas, y después con sus ligaduras. (Cieza de León 1962 [1553]: 94) (Subrayados nuestros).

Asimismo, existen los objetos materiales con los que se realizaba esta práctica médico-cultural. En tumbas de las culturas Quimbaya Tardío I y Quimbaya Tardío II se han encontrado tablillas elaboradas en cerámica, con iconos geométricos y antropomorfos característicos del estilo artístico de esta cultura prehispánica. Usualmente, en su parte anterior, tienen rombos sencillos hechos por incisión o composiciones más complejas como triángulos unidos por los vértices, mientras en su superficie posterior se realizaban cuatro orificios para amarrarlas (Figuras 2.9.- 2.12.).

Otras tablillas deformatorias son más complejas tanto en su construcción, como en su simbología, como el caso de aquellas que tienen en su parte anterior la imagen de dos individuos, uno al frente del otro con las manos sobre el pecho en una posición votiva (chamán?). En su parte posterior, pueden verse ocho orificios utilizados para amarrar la tableta a la cabeza. Esta representación, que significa la dualidad, podría ser considerada también como una alegoría de una de las diversas prácticas culturales ejercidas por el chamán o sabedor de la comunidad (Figuras 2.13 y 2.14.).





Figuras 2.9 y 2.10. Vista anterior y posterior de una tablilla utilizada para deformación craneal.

Figuras 2.11 y 2.12. Vista anterior y posterior de una tablilla maciza utilizada para practicar la deformación craneal.

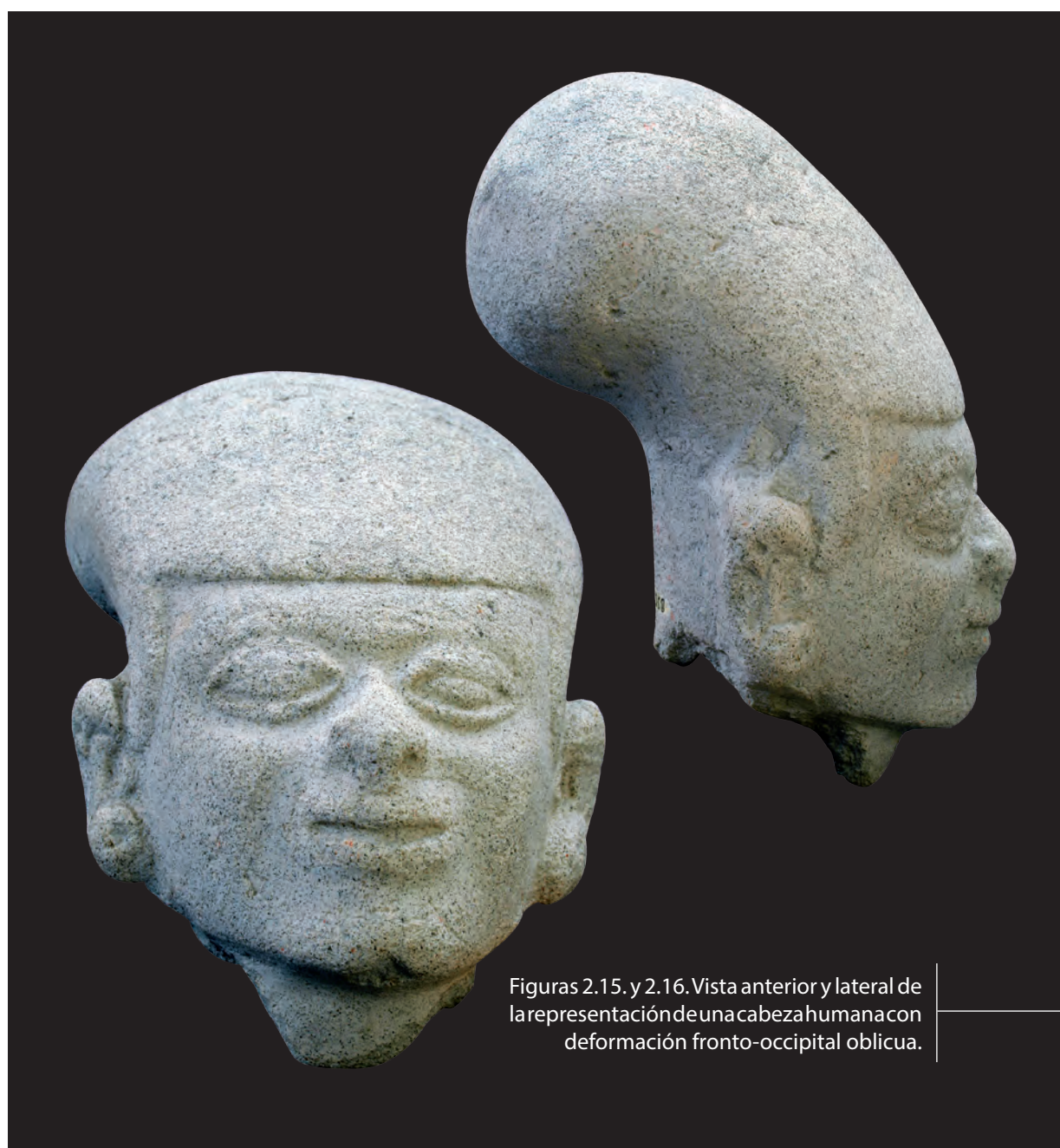




Figuras 2.13.y 2.14. Vista anterior y posterior de una tablilla utilizada para deformación craneal. En alto relieve aparece la imagen doble de un chamán.



Pero no sólo las poblaciones andinas se deformaban artificialmente el cráneo. Esta costumbre también era frecuente entre los individuos de la Cultura Tumaco-La Tolita II, como lo evidencia su presencia en una gran cantidad de cabezas rotas encontradas en basureros y sitios de habitación. En toda la colección cerámica que estudiamos, se presentaron 39 piezas con deformación craneal. En la figuras 2.15 - 2.18 podemos observar dos hombres adultos con deformación fronto- occipital oblicua, que parece haber sido el tipo más común practicado por estas poblaciones aborígenes. Muchos arqueólogos confunden esta deformación con la presencia de gorros en la cabeza, al estilo de los que usan actualmente los indígenas Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, en el norte de Colombia (Figuras 2.19-2.22).



Figuras 2.15. y 2.16. Vista anterior y lateral de la representación de una cabeza humana con deformación fronto-occipital oblicua.





Figuras 2.17. y 2.18. Vista anterior y lateral de la representación de una cabeza humana con deformación fronto-occipital oblicua. El individuo tiene los lóbulos de las orejas perforados para lucir orejeras, y además, una especie de balaca sobre la frente, que acentúa la diferencia entre la frente y el occipital, haciendo más visible la deformación.



Figuras 2.19. y 2.20. Mujer con un gorro, que presenta además, adornos en las orejas y un collar.







Figuras 2.21. y 2.22. Hombre con un gorro y nariguera como adorno facial.



Figura 2.23. Indígena arahuaco actual de la Sierra nevada de Santa Marta con su gorro tradicional.